

Deber y condiciones de eficacia

Quinta parte

Conclusiones y directiva

CAPÍTULO PRIMERO

Una élite de hombres

y

CAPÍTULO SEGUNDO

Un cierto estilo de acción

por

JEAN OUSSET

DEBER Y CONDICIONES DE EFICACIA

QUINTA PARTE

CONCLUSIONES Y DIRECTIVA

CAPÍTULO I.

UNA ELITE DE HOMBRES

Según los propios términos de San Pío X... (1).

“Hay que recordarlo enérgicamente en estos tiempos de anarquía social e intelectual (...). No se edificará la ciudad de un modo distinto a como Dios la ha edificado... No se trata más que de instaurarla y restaurarla sin cesar sobre sus fundamentos naturales y divinos contra los ataques siempre nuevos de la utopía malsana, de la revolución y de la impiedad. *Omnia instaurare in Christo.*”

Tarea inmensa de reconstitución de los tejidos sociales, de revitalización de las células sociales.

Ahora bien, para una semejante acción, SON MENESTER HOM-
BRES.

Es menester una élite de hombres, no solamente instruidos, hábiles, resueltos, tenaces, sino diversos en extremo. Repartidos por todos los lugares y medios. Laicos, valientes y conscientes de sus responsabilidades. No se ha hecho nada eficaz y verdaderamente profundo en la historia sin esa previa e intensa formación de algunos.

Una élite de hombres que habiendo captado bien el espíritu de lo que hay que hacer sea capaz de sugerir, de promover, de orientar, de proseguir la ejecución. Incansablemente.

(1) Carta *Notre charge apostolique*.

Una élite de hombres unidos, en y por la doctrina sola, pero no aglutinados en formación cerrada.

Una élite de hombres, con la suficiente firmeza de carácter, para que siendo UNOS por la doctrina, por el mismo sentido de los métodos, por una real amistad al servicio de la verdad, no estén ni desconcertados, ni desalentados por la impresión de un aislamiento inevitable; teniendo en cuenta que, según las modalidades de acción semejante, cada uno corre el riesgo de encontrarse en actividades o en regiones muy diferentes.

Una élite de hombres que estén al mismo tiempo relacionados entre sí y dispersos.

Una élite de hombres que sea a la vez creadora de unidad y de diversidad.

Una élite de hombres que sea un factor de armonización, de concentración de todas las fuerzas sanas. ¡Sin peligro, no obstante, de unitarismo, de masificación! ¡Sin que estén comprometidas la pluralidad y la diversidad, esenciales a toda actividad social!

Una élite de hombres que sepa respetar la autonomía de iniciativas laudables, que las comprenda, que sepa favorecerlas, sin dejarse absorber, sin dejarse cegar por lo que hay siempre de un poco egoísta en cada empresa.

Una élite de hombres que, cualesquiera que sean los deberes, carismas, misiones, vocaciones y funciones de cada uno, sepan guardar el sentido del plan general de la acción, el sentido de contactos más numerosos que haya que establecer y operaciones más amplias que organizar, sincronizaciones más fecundas que reglar.

Una élite de hombres que, cualesquiera que sean sus compromisos sociales, sus opciones políticas, tengan, por encima de todo, un espíritu común que les impida limitar la mirada a su actividad particular. No es que se invite a estos hombres a desempeñar más que un papel teórico: adherentes o militantes de mera forma y cuyo corazón esté en otra parte. Su compromiso no puede ser fecundo más que si es real. Pero les es exigido guardar y comunicar a su alrededor el sentido del combate general. El

que milite en el sindicalismo, por ejemplo, que milite allí lealmente; pero sin perder las dimensiones de su combate por causa de las dimensiones del combate más amplio en el que su acción particular encuentra su puesto y sus límites.

Y el mismo razonamiento puede aplicarse a mil casos, ya se trate de un miembro de un sindicato o de un afiliado a un partido político.

Una élite de hombres que, por comprimidos que estén en tales acciones diversas, no dejen de constituir, por cima de estas últimas, un espíritu generador de unión, de acuerdo, por entendimiento recíproco de las diversas opciones; favoreciendo así la complementariedad, la solidaridad de las iniciativas.

Una élite de hombres desinteresados. Sencillos y puros de intención, como las palomas, pero prudentes y flexibles en la acción, como las serpientes.

Esta élite de hombres de la que habla Le Play...: "que no piensa más que en el bien público, que nada pide para sí, ni para sus parientes, que deja de lado gloria, ... vanidad, ...".

Porque siempre son, escribe Maritain (2), "los pequeños equipos y los pequeños grupos los que han hecho las grandes cosas. Parece que en nuestra época debe ser así, más que nunca, precisamente porque será (ya lo es) una época de masificación por la técnica (...). Más que nunca es cuestión de los pequeños equipos y de los pequeños grupos batirse con más eficacia (...). Tales irradiaciones invisibles son de muy largo alcance, y tienen en el orden del Espíritu la misma especie de increíble potencia que la fisión del átomo en el orden de la materia".

Centrales de energía...

... a las que es muy significativo se haya pensado en definir como un mínimo de hombres dando su impulso a un máximo de otros.

Lo que basta para sugerir que no puede consistir en una

(2) *Le paysan de la Garonne*, págs. 249, 251 y 152.

tropa arbitrariamente designada, administrativamente constituida, honoríficamente jerarquizada ... *a priori*.

Pues ya se ha superado el estadio de esas concentraciones espectaculares de "leaders" (3) que, de hecho, jamás han conducido nada.

Lo que interesa comprender es que es indispensable la constitución de una élite cívica, ESPECIALISTA de la estrategia política y social.

Ahora bien, la constitución de una élite no se decreta. Se trabaja, se consagra uno a formarla. Nuestro deber es hacer todo lo posible para lograrla. En cuanto al éxito del resultado, no pertenece más que a Dios.

Si para ser caballero hubiera bastado antiguamente con inscribirse, ningún cobarde hubiera dejado de hacerlo.

Lo que consagra a una élite son los servicios efectivamente prestados.

Nada de una selección arbitraria o *a priori*.

En la calidad del trabajo es donde se descubre el valer del obrero.

Pues siempre es grande el número de esos consejeros cuya virtuosidad en el decir sólo puede parangonarse con su incapacidad absoluta en el hacer.

Esta élite ha de ser reconocida por su aplicación, su prudencia, su habilidad en la acción más que por su palabra.

Y si es cierto que una formación teórica es necesaria, no es menos indispensable regular del mejor modo esas condiciones y modalidades de acción que habrán de permitir, a quienes sean dignos, manifestarse dando pruebas de ello.

Es vano esperar cualquier cosa de esa especie de hombres que, quizás más brillantes, sin embargo nunca han hecho nada. Y que se admiran, a pesar de todo, de que se pueda progresar sin ellos. Y que no quedarán satisfechos más que si las realizaciones de los otros les fueran entregados por las buenas para sus experimentos de veleidosos perpetuos.

(3) Del inglés: *to lead*: conducir.

CAPÍTULO II.

UN CIERTO ESTILO DE ACCION

¡ No la acción sola !

¡ No la acción toda !

Sino una cierta forma de acción que en la hora actual parece tanto más preciosa, cuanto es muy importante como tal, y a la vez particularmente descuidada.

¡ Un cierto estilo de acción !

Porque por el momento lo que hay que promover es menos una organización que un método a preconizar, una estrategia que hacer adoptar. Cualesquiera que puedan ser el organismo o el sector a que se pertenezca. Estilo de acción que debería subsistir cualesquiera que puedan ser las vicisitudes, los éxitos o los fracasos de los diversos partidos, asociaciones, iniciativas, etc.

Acción de vigilancia, de reeducación, de concordia permanentes.

Obra auxiliar por excelencia que tiene por finalidad reconfortar, consolidar, dar dinamismo a todo lo que lo merezca y ya exista, y más aún, suscitar, ayudar a nacer, asistir en sus primeros momentos a los organismos o iniciativas deseables.

Empresa, cuyas operaciones podrán ser de tres grados.

Primer grado. El de la ayuda que hay que suministrar, del refuerzo doctrinal que hay que prestar, de los consejos estratégicos o tácticos que hay que dar en cada escala individual. Que es como decir: al amigo aislado, al elemento de paso que, armado con la referencia o con argumento deseables, corra el peligro de no reaparecer.

Por humilde que sea el trabajo en este grado es importantí-

simo, porque asegura el reclutamiento fundamental, la renovación de las bases, el descubrimiento de nuevos elementos.

Por individuales que sean los contactos, por frágiles y decepcionantes que parezcan, es inadmisibile desdeñar su atención, porque del hallazgo de un solo hombre pueden derivarse posibilidades de acción considerables.

Es claro que este primer grado no es más que el de un trabajo individual. Precario por eso mismo. Por fecundos que sean sus logros.

.....
De ahí el segundo grado. El de la ayuda que hay que aportar, el del esfuerzo doctrinal que hay que suministrar, el de los consejos estratégicos o tácticos que hay que dar, pero no ya a escala individual e inorgánica, sino a asociaciones, partidos o grupos normalmente constituidos.

Ya sea que estos grupos, asociaciones o partidos existan mucho antes de la ayuda o de los consejos aportados...

Ya sea que hayan encontrado en la oferta de estos consejos y de esta ayuda el principio de su fundación.

Ocioso es decir que la supremacía de la acción en este segundo grado se debe a que se efectúa a una escala más vasta, más institucional, que es más metódicamente constante. Menos sujeta a esos desmayos bruscos, a esos saltos de orientación o de humor que son la marca de tantos esfuerzos individuales. Más específicamente social, sobre todo. Mucho más fecunda por lo mismo.

Es en este grado donde se efectúa esa unión (esa fecundación) de la que hemos hablado (1) entre la doctrina y la experiencia. Es en este grado donde pueden y deben estar ayudados los verdaderos responsables de esas comunidades naturales que son lección, que tienen las verdaderas responsabilidades sociales. Pero que, no obstante, retroceden. Porque les falta ese refuerzo de

(1) Cf. *supra*, II parte; capítulo segundo. *Los hombres en sus enlaces.*

formación doctrinal, cultura, estratégica y táctica; indispensable a la plena eficacia política y social:

.....
En cuanto al tercer grado de la acción contemplada es fácil comprender su naturaleza e importancia.

Es el grado más particular de la formación, de la concentración..., del mantenimiento, de la renovación de esta élite de que acabamos de hablar.

Elite de hombres, sin la cual el trabajo en los dos primeros grados sería inconcebible, porque, para ayudar, para dar dinamismo, según acabamos de exponer, bien a los grupos (segundo grado), bien a los individuos (primer grado) (...) —para ayudarlos, sobre todo, con la posibilidad de algún rendimiento— supone la organización de un trabajo previo o simultáneo.

A este tercer grado, pues, deben ser reservados la formación metódica e intensa, la educación, la puesta de acuerdo, el mantenimiento psicológico, moral, espiritual de los que, habiendo comprendido la importancia capital de este estilo de acción cívica multiforme, desean entregarse más conscientemente, más voluntariamente a la inscrición, al establecimiento de la organización polivalente exigidas por la misma naturaleza del estilo de acción propuesto.

No es que las tareas de este tercer grado hayan de ser el objeto de una opción exclusiva. Salvo raras excepciones, nada impide y todo inclina a creer que estos voluntarios no deben abandonar las funciones, no deben perder los contactos u ocasiones de influencia que puedan tener en los dos primeros grados. Sin lo cual sería grande el riesgo de que un fariseísmo de la acción, so pretexto de reservarse para ser todavía más todo a todos, les lleve a atribuirse los éxitos de trabajos en que apenas han tenido parte y a no ser seriamente útiles en parte alguna.

.....
 Hechas estas reservas (y recomendaciones) sólo queda indicar que el carácter más marcado de los militantes de este tercer grado debe consistir en un gusto particularmente vivo por la polivalencia de los servicios, en un sentido agudo de la comple-

mentariedad de las iniciativas, en la inteligencia de las sincronizaciones más amplias de la acción. Incluso si pareciera que estas últimas no interesan directamente al sector particular de cada uno.

O dicho de otra forma: la gran obligación en este grado, después del cuidado de una formación personal más rigurosa, es de sentirse solidario de todo lo que pueda ayudar a la Causa, a cuyo servicio se ha consagrado uno.

Deber para cada cual de mantener en el fondo de su corazón el equivalente —en el plan cívico!— de esta preocupación cotidiana y universal: “instantia mea quotidiana, sollicitudo omnium”, que hizo escribir a San Pablo en su segunda Epístola a los Corintios (2) “¿Quién desfallece que no desfallezca yo? ¿Quién se escandaliza que yo no me abraze?”

Nada sería más contrario, en consecuencia, al espíritu de este tercer grado como la constitución de una tropa soberana, ¡y perentoria! “Estrategas de café” dedicados a la acción social y política.

Este tercer grado debe ser el de los servicios públicos por excelencia, el de los agentes de enlace del combate cívico, el de los animadores irreductibles de la concertación más amplia posible contra el totalitarismo moderno.

* * *

Faltan sólo por precisar cuáles son las normas de acción que mejor convienen a cada uno de estos grados.

(2) XI, 28.